



Carmen de la Peña Rodríguez Martín, 74 años.
Tatiana Villacieros García, 23 años.

Otra vida por delante

La juventud acumulada y la mirada soñadora definen a María del Carmen de la Peña, su vida: una historia de entrega y dedicación a los demás.

Este es el relato de una mujer hija de su siglo, testigo de acontecimientos que marcaron la historia de España y de Madrid. Es también el reflejo de la dedicación y entrega altruista a los demás, una actuación que no viene marcada por ninguna tendencia política o únicamente por una vocación religiosa, sino por la personalidad de Mari Carmen. La inquietud de su espíritu y su insaciabilidad de experiencias permitieron que esta andaluza de corazón, ceutí de adopción y madrileña de hecho tenga, no una, sino miles de historias que contar. De Mari Carmen no se puede hablar desde la distancia o la indiferencia, no se puede escribir asépticamente. "Para mí lo más importante es la amistad y quiero que quien está a mi alrededor se sienta a gusto", toda una declaración de principios que ha regido sus setenta años de travesía.

La niña de la guerra que María del Carmen fue, le impide, aún hoy, hablar con soltura de aquellos hechos que indiscutiblemente marcaron su vida y que le acreditan para denunciar que "las guerras son injustas y nadie debería morir por petróleo, ni sufrir el trauma que supone un conflicto". Durante la Guerra Civil española vivió un bombardeo en el madrileño distrito de Gaztambide con sus cuatro hermanos y su madre quien pidió asilo a la embajada argentina y logró salir de la península hacia Ceuta tras un viaje infernal por la España dividida. "Todavía siento terror cuando lo recuerdo."

También su madre la había librado a ella y a sus hermanos de una separación forzosa, de ser niños exiliados en Moscú. "Éramos una familia muy unida, mi madre nos explicaba todo, pero con las circunstancias de la guerra todo cambió. Tengo un gran trauma a raíz de aquello, pese a que mi madre intentaba evitar nuestra tristeza y nos enseñó a superar nuestros miedos y a que siguiéramos hacia delante."

Ella tampoco olvida el día en que su padre volvió a casa tras meses de distanciamiento a causa de la guerra y por su condición de militar. Un padre de familia que herido y dado por muerto en la anterior guerra africana tuvo que pagar las consecuencias políticas del conflicto civil. "Cuando apareció por la puerta me asusté de lo delgado y decrepito que estaba, le pregunté a mi madre que quién era ese hombre y ella con lágrimas en los ojos me contestó que era mi padre."

Después de una niñez marcada por la guerra decidió volver a Madrid. El Pozo del Tío Raimundo la esperaba en 1956 cuando el barrio lo presidían las chabolas, los barrizales, las familias de inmigrantes andaluces, extremeños y manchegos y el padre Llanos, sacerdote jesuita, quien acababa de iniciar su labor en El Pozo. "El padre Llanos vivía en un cuchitril con una mesa rota y una máquina de escribir muy vieja, una cama y una estantería con sus papeles. Él tenía como todo el mundo luces y sombras, era hijo de militar y todo lo tomaba con mucha seriedad por la educación que había recibido y porque quedó huérfano muy pronto, pero tenía grandes cualidades y dejó todo por venirse a El Pozo."



Cincuenta años más tarde Mari Carmen sigue allí y continúa con la misma tarea y con la misma devoción, fuerza y ternura. Sigue muy agradecida por vivir con las personas que conforman su gran familia y la historia de su vida, por seguir recibiendo el afecto de aquellos a quienes lleva enseñando tanto tiempo. Generaciones enteras de niñas, y ahora de niños, de El Pozo y Entrevías estudiaron y estudian en el colegio del Santo Ángel que proyectó el padre Llanos y que ofreció apoyo y educación a aquellos que entonces no tenían nada, a aquellos que sólo contaban con la fuerza de su trabajo, con la esperanza y con cañas y barro. “Actualmente las personas a las que entonces ayudamos viven bien y saben que ahora son inmigrantes de otros países quienes pasan penurias para sobrevivir en este y otros barrios de Madrid, ellos estuvieron en unas condiciones similares y la solidaridad ha aflorado como entonces”.

En 2005 se celebró el cincuenta aniversario del emblemático barrio madrileño y este año se festeja el del colegio al que Mari Carmen dedicó su vida entera, donde trabajó y trabaja, pese a su jubilación. Se conmemora que en aquella década la gente humilde de el Pozo, con el apoyo del padre Llanos y las hermanas de la congregación del Santo Ángel dirigidas por la madre Inocencia, consiguió una vida, un hogar y un trabajo digno. “El sacerdote Llanos no quería que la gente del barrio mendigara en la calle y un día cuando encontró a un hombre pidiendo en la boca del metro le buscó personalmente un trabajo. Era pura vitalidad y se implicaba con las familias, cuando venía la Guardia Civil a tirar las chabolas él se ponía delante y decía que si las tiraban tenía que ser sobre su cadáver”.

El Pozo, emblema de la solidaridad madrileña

El 11 de marzo de 2004 la desgracia volvía a recaer sobre los más indefensos y una de las bombas terroristas explosionaba en la estación de cercanías de El Pozo. El vecindario se volcó con las víctimas y una vez más la solidaridad ciudadana primó sobre las clases sociales y las desconfianzas. La conciencia solidaria seguía viva casi medio siglo después y así lo demostró la riada humana que acudió aquel día para manifestarse contra la violencia indiscriminada e injustificada. “El maquinista del tren del 11-M confesó que normalmente pasaba por allí y miraba el barrio con desprecio, pero aquel fatídico día los vecinos le ayudaron mucho y ahora todo le parece diferente.”

Además de la barriada madrileña, otro lugar ocupa el corazón de Mari Carmen, Cúcuta, una ciudad colombiana cercana a Bogotá donde impartió clases en un colegio de “niñas bien” durante nueve años. La pobreza colombiana la sorprendió entonces por su crudeza y las notables diferencias con España.

Allí, de nuevo en su presencia, la concienciación de un pueblo pudo con las fronteras sociales existentes en aquella ciudad. Desde su colegio Mari Carmen vivió cómo las familias más adineradas a las que pertenecían las alumnas ayudaban a mejorar la situación de otras más pobres que se hacinaban cerca de allí. Como buena misionera y aventurera vivió algún que otro altercado en el país sudamericano: una difícil historia de amor entre alumna y profesor con truculento final, un asalto en un autobús, un gesto de honestidad y honradez de un camionero colombiano... estos y otros muchos son los recuerdos que pintan el colorido cuadro de unas memorias, de una vida que no debe ser olvidada.

Las vivencias de una persona desde la distancia pueden parecer insignificantes, demasiado personales e íntimas que cobran relevancia tan sólo por causas circunstanciales e incontrolables. Sin embargo, cuando se hace un esfuerzo por acercarse sinceramente a la historia de otra persona, a la cálida y experimentada voz



de un mayor se descubren motivaciones, deseos, sueños y procesos que dan un auténtico vuelco a nuestra existencia. Escuchar atentamente a una persona mayor puede servir para encontrar sentidos a nuestra propia vida, para descubrir que los sueños pueden cumplirse o no, pero que siempre habrá algo por lo que merezca la pena seguir, pese a los dramas personales o los impedimentos.

Al final del relato quizá podamos respondernos a la interminable duda sobre el sentido de la vida. La explicación será inevitablemente vitalista, en contraposición al momento actual en el que nos cuestionamos las utopías y los cambios, desacreditamos el esfuerzo y no sabemos si la unión, en realidad, hace la fuerza. Una sola persona puede marcar las vivencias de otras muchas y la historia de Mari Carmen lo demuestra, todas sus alumnas la quieren, la respetan y la recuerdan y seguirá viva en la memoria de las generaciones posteriores porque sin su colaboración, aquellas niñas, hoy mujeres, no serían quienes son y su futuro, no sería como es.

Maria del Carmen de la Peña es religiosa de la orden del Ángel de la Guarda, dato esencial para ella, pero que puede ser tendenciosamente interpretado o prejuicado y, por ello, se ha convertido aquí en un matiz que no modifica el valor del relato: su dedicación como misionera, su carrera como maestra y la labor de toda su vida hablan por sí solas. "En la adolescencia tuve incluso novios, pero el Señor me llamó. Me costó mucho hacerme religiosa por mi manera de ser. No obstante, hoy en día no me cambio por nadie, pese a que en la vida siempre hay impedimentos y más en la religiosa. El mérito lo tiene la persona que se preocupa por los demás, no me creo especial porque he sido elegida y también hay muchas personas seculares que han colaborado con nosotras".

"Para mí esto es el reconocimiento del paso del Señor para las primeras hermanas por su entrega, ilusión y sacrificio florecieron en tierras de Colombia vocaciones que hoy en día se han convertido en unas buenas religiosas del Santo Ángel de la Guarda."

Esta pincelada puede aportar luces a la historia y quizá alguna sombra, pero lo realmente valioso es saber que con más de setenta años Mari Carmen tiene la fuerza, las ganas y el corazón para dar vida a otras personas y para recordar sus vivencias sin titubear, transmite la pasión que muchas veces nos falta a los más jóvenes quienes con ojos pesimistas vemos el futuro sin ilusión. Después de revivir su historia, Mari Carmen parece tener otra vida por delante.

Lo importante de la vida

Setenta años son suficientes para saber que merece la pena vivir. Las dificultades, los impedimentos de la propia vida no deben hacer que desistamos de aquello que queremos. Historias como la de la hermana Mari Carmen demuestran que seguir adelante es fundamental porque lo importante es levantarse una y otra vez.

Mari Carmen ha visto y vivido injusticias, ha sufrido por quienes estaba a su alrededor y ha luchado junto a ellos, les ha dedicado su vida, por ello, está orgullosa y recalca que para ella es imprescindible la amistad y el cariño.

Si gana este concurso, tendrá la oportunidad de hacer realidad su sueño, pero Mari Carmen no sabe qué quiere. Probablemente su sueño sea imposible irrealizable, la paz, la justicia y la igualdad de oportunidades son para ella el mayor premio. Si



finalmente se materializa su deseo los beneficiarios serán con seguridad quienes la rodean, pues así sucede desde que decidió vivir para otros y no para ella misma. “La mejor recompensa para mí es que se reconozca la labor y el valor de todos los que hemos estado aquí: las hermanas Inocencia, María de la Merced, Marina, Petra, Felisa Teresa y Nieves junto al resto de la congregación, el reverendo Llanos, la comunidad de los padres jesuitas, los profesores, los seglares y el barrio entero de El Pozo.”

La congregación de las Hermanas de la Guarda obviamente ha sido importante en la trayectoria de María del Carmen y la doctrina católica forjó parte de su carácter. Sin embargo, su carisma y su bondad natural posibilitaron que esto nunca fuera un obstáculo en sus relaciones personales. “Cuando regresé de Colombia me encontré con una antigua alumna y al abrazarla me dijo: ‘Hermana ¿usted no sabe que soy agnóstica?’, yo al principio me quedé cortada, pero después reaccioné y le dije que para mí ella era Esperanza y que la quería igualmente.”

“Es importante saber adaptarse y aprender a reírse de uno mismo”

En Colombia Mari Carmen tuvo que adaptarse a un colegio diferente, a un ambiente distinto, pero ella sabía que en todas partes siempre hay algo que hacer, alguien que necesita una guía. “En Cúcuta incluso di clases de catequesis a sordomudos porque no querían que hicieran la comunión; al final conseguimos que pudieran tomarla”.

Para ella, lo mejor de su vida es el agradecimiento que sienten aquellas antiguas alumnas colombianas y españolas, el afecto que demuestran esos niños a los que atiende aún cada mediodía en el comedor del colegio. Por todo eso, por conseguir arrancar, incluso en los peores momentos, una sonrisa a sus amigos, María del Carmen de la Peña sabe que su vida ha merecido mucho la pena.

A todos nos gustaría ser protagonistas por un día, aunque fuera tan sólo un instante o para una persona, Mari Carmen lo es para todos aquellos a los que ha dado un consejo u ofrecido una mano amiga. Sirva este tributo para que la sociedad valore como verdaderos protagonistas cotidianos a nuestros mayores, para que los nietos escuchen las historias de sus abuelos con la intensidad y la relevancia que merecen.